

El Baluarte

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NUM. 216

Sevilla—Viernes 19 de Septiembre de 1902

AÑO XXVI

CONTRA LA REGRESION BESTIAL

Triste, amarga, verdaderamente desconsoladora es la estadística de los fiscales leída en resumen en el acto de apertura de los Tribunales por el primer fiscal de la nación.

La barbarie se extiende prodigiosamente en muchas comarcas españolas; el crimen pequeño, y por pequeño más repugnante, aumenta cada año, y ni los funcionarios fiscales aciertan con el remedio, ni el Gobierno por sus medidas y resoluciones puede ofrecer garantías de mejoramiento en este problema gravísimo, que más que ningún otro nos hace mirar al pasado en presencia de una tan acentuada regresión a los tiempos de incultura y de barbarie.

El ministro de Gracia y Justicia se lamenta en su discurso del número de analfabetos que existen en España, verdaderamente vergonzoso por lo importante.

Nosotros, en un próximo artículo, indicamos algunas de las causas de la regresión, y citamos (es claro) entre ellas, y como la primera, la enseñanza esencialmente mística y exclusivamente religiosa y clerical que recibe el niño, quien ya adolescente suele saber de carretilla los mandamientos de la ley de Dios, el Credo, el Padre nuestro y otras oraciones, amén de la famosa letanía que se canta a coro diariamente en las escuelas.

Pero los niños que concluyen su aprendizaje y pasan desde la escuela al taller ó a las labores del campo, ó al ejercicio de industrias u otros medios de vivir, para los cuales en España basta con deletrear, que no leer, trazar algunos garraños y haber echado las cuatro reglas que ninguno conoce, para considerarle hábil para todo, llevando un caudal de oraciones, ritos y misterios, que no descifra ni aun se cuida de analizar.

Le dice la Iglesia que no robe y que no mate, pero a continuación le brinda con una absoluta que limpia y purifica en el momento supremo, que es tanto como decirle:—Peca, pero ven á mí con tus ofertas á ofrecer sacrificios al Altísimo, que yo te perdonaré tus culpas aunque reñidas y reiteres en el vicio, en el pecado y en el crimen.—¿Derecho? Ni una palabra. ¿Moral? ¿Quién la viera expuesta y practicada? ¿Amor al prójimo y fraternidad entre los hombres? De eso no hay que hablar.

La Constitución y la historia de España no interesan, dicen, en los lugares; y saben los españoles, aunque también hay algunos que lo ignoran, que el rey es D. Alfonso XIII, de la familia de Borbón, pero ignoran muchos que rige una Constitución que determina la forma de gobierno, el límite de atribuciones de los poderes, los derechos del ciudadano.

Esto no importa á Roma ni al clero, que educa siguiendo sus inspiraciones.

Geografía, historia, ni palabra, dándose el caso extraño de que en cualquiera parte de Europa por donde se pase saben más de España que los mismos españoles.

El mal es hondo, profundo, gravísimo, pero no incurable. Las cataplasmas, los emplastos, el empirismo, todo cuanto se intente, hecho sin concierto y sin plan, pero obedeciendo devotamente al poder teocrático y clerical, será de más funestos resultados, porque el matonismo es romano-vaticanista; Roma quiere en España un estado inculto y una población atrasada y bestial que mire al cielo y que tema al clero; por eso en este asunto más que en ninguna cuestión están indicados los remedios heroicos, saltando por toda clase de consideraciones y rompiendo con la tradición de la ignominia milagrosa, que brinda al asesino con la mansión eterna; oponer la instrucción civil, la enseñanza completamente laica, y dejar al niño que conozca á Dios por su cuenta, pero inculcarle desde los primeros pasos el amor á la familia, el amor á la patria, el respeto á sus semejantes y la cultura para dignificarse y progresar.

A. A.

Murmuraciones

Los liberales fusionistas de Sevilla, esto es, la docena del fraile, se reunieron anoche para oír la lectura de la carta-dimisión de su jefe el señor Marqués de Paradás.

Hay que advertir que la reunión se celebraba en la casa del mismo marqués, bajo el techo del marqués y sentándose los señores del *partido* en los mismos sillones que son propiedad del señor marqués.

Con tales precedentes, si alguno de los trece fusionistas que allí se reunieron hubiera tenido intenciones de hablar mal del señor Marqués, la cortesía y la educación le hubieran puesto un candado á sus labios.

A quién se le ocurre más que al hermano del señor Marqués citar á una reunión en su propia casa, para que en ella discutieran la buena ó mala conducta política de su hermano?

Procedía hacer y acordar lo que acordaron é hicieron.

Todos están conformes en que el señor Marqués de Paradás sea el jefe, porque siendo el jefe él, todos mandan, todos *jeftan* y todos tienen la exclusiva de su confianza.

Comparados los trece con el señor Marqués, el señor Marqués se queda por debajo en el nivel intelectual; y... ¡es claro!, al no ser jefe el señor Marqués, habría necesidad de nombrar trece jefes: todos tienen méritos y levita negra.

Quedamos, pues, en que el partido liberal de Sevilla—los trece de marras—critican en todas partes, y dicen á todo aquel que los quiera oír, que su jefe el señor Marqués de Paradás no sirve para jefe.

Ahora bien, una vez reunidos, y como todos habrían de votarse á sí propios para la jefatura, estiman que deben de seguir como están.

Claramente se observa que aquellas aproximaciones de que se hablaba entre los señores de Borbolla y los señores del Marqués resultan un camelo.

Con el primero se van los descontentos, los preteridos; y con el segundo quedan los que están colocados, los que pringan en la miel del Presupuesto.

Una vez más el señor Borbolla está destinado á luchar á brazo partido con unos y con otros, y una vez más ha de caminar errante por el camino pedregoso de una oposición eterna, sin fin, sin el apoyo de los demócratas republicanos, porque estos últimos no salen de casa y le miran de reojo, y sin el apoyo de los miembros que pertenecen al que él llama su partido, y no lo admiten porque temen ser absorbidos por su saliente personalidad.

¡Ay, Pedrol... Bajo malos auspicios comienza este reinado para el que pudo serlo todo y no será nada.

No hay que ensayar posiciones porque no es Moret áncora salvadora, sino veleta aljéfera.

La política sevillana es un pudridero, y todos sus individuos padecen la elephantiasis de la vanidad, prefiriendo todos el ser jefecillos á figurar como números en el escalafón.

Caminas por el puente monárquico sin poder echarse sobre el barandal, porque apenas lo intentas, te niega su apoyo.

—¿Es que valen menos que yo?—
No; es que valen menos, políticamente hablando.

En Sanlúcar de Barrameda ha matado un guardia civil á un teniente del mismo instituto.

Ya dije el otro día que á estas noticias no se las debiera dar publicidad porque ejercen su gestión.

El guardia matador se mató á sí propio. Eso es lo bueno que tienen estos crimenes. No dan que hacer á la justicia. Lo ejecutan con sentido práctico.

Los carlistas andan poniéndose como lo que son, unos trapos.

Un general de ellos, que se llama Adelantado, ha adelantado los acontecimientos y está sacando á la vergüenza pública las informalidades, las deslealtades y las miserias del tan celebrado Duque de Madrid.

Este último, por su parte, parece ya cansado de bregar con su gente y le anuncia que piensa pasar el resto de sus días junto á su mamá.

Pero... ¿tiene mamá todavía D. Carlos de Borbón?

No se sabe una palabra de lo que Sagasta piensa, aunque no pensará en nada, que es posible que así sea. Por la tarde á su paseo, por la noche á su candelá, y allá por la madrugada

á dormir como un profeta.
¿Que cae un rayo?... ¡Que caiga!
¿Que llueve mucho?... ¡Que llueve!
¿Que el descontento es muy grande?
Pues... que se organicen fiestas.
El que llueva ó que ventee,
lo mismo da á su excelencia.

Moralidad de un ministro del Señor en la diócesis de Madrid:

«Hace años vivía en Sigüenza una señora rica, alejada de sus parientes.

En 1900 un cura joven, que se había captado su confianza, le pidió 20.000 duros, que la señora le entregó en títulos de la Deuda, bajo recibo.

Después murió la señora sin testar. Los parientes de la señora, que encontraron el recibo, buscaron al sacerdote, que se hallaba en Madrid, el cual declaró que había devuelto los fondos á la señora conforme los recibió, exhibiendo para comprobar su afirmación un documento que se ha visto era falso.

Se ha dictado auto de prisión contra el cura, que no aparece.»

¡Y dice el señor Ministro de Gracia y Justicia que los males de España provienen del flamenquismo!

¡Pues me *quit* usted decir la que tendrá de flamenco este *gachó!*

Y á propósito:

¿Qué se entiende por eso de *se ha dictado auto de prisión?*

Ignora el juez competente que los curas no están bajo la jurisdicción ordinaria, sino bajo la jurisdicción eclesiástica?

Ordinariamente pueden ellos llevarse el dinero que cojan entre sus uñas, pero no pueden responder de ello sino eclesiásticamente.

¿Quién sabe si esos veinte mil duros estarán ya en la Gloria á la diestra de Dios padre! O en el Vaticano, á la zurda de Rampolla.

En los días 22, 23 y 24 del corriente celebrará su feria el vecino pueblo de Coria del Río.

En ella se va á establecer este año una tómbola de caridad, para la que varios vecinos y distinguidas personalidades están haciendo regalos.

En la lista de éstos que ha comenzado á publicar la prensa noticiera, me encuentro:

«D. Alberto Ruiz, un bacalao.»

Como ese bacalao necesita otros menesteres, yo le ruego al Alcalde de Coria del Río que se sirva regalar en mi nombre dos libras de tomates para ese bacalao, para que aquél que saque el bacalao se lleve también los tomates.

Y así... ya le falta menos para el guiso.

El aceite, ¡que lo compre!

En la misma lista veo que D. Antonio Turriello regala una libra de chorizos.

Chorizos sin huevos no pegan.
Hay que añárlas huevos.

¿Quién los da?

Los hermanos Asián parece que se han puesto de acuerdo.

Son tres.

Fernando, entre otras muchas cosas, regala un bote de aceitunas.

Manuel, cuatro botellas de vino de Jerez.

Y Estanislao, una caja de galletas.

No hace falta más que señalar el sitio, la hora y las personas, y... se atombola uno de *chipeñ*.

Un individuo en Bilbao ha dado de puñaladas á una burra.

¡Hay gente que no respeta ni á su madre!

Mucha parte de los escritores contemporáneos se ha desatado contra los oradores.

De uno de ellos es el siguiente párrafo:

«Como la morfina es el sucedáneo del opio, el orador procede del negro catedrático. ¿Habéis tratado de cerca á uno de esos prodigios de la palabra? Lo primero que se advierte en ellos es la soberbia con que lo sostienen todo. La indecisión es de cerebros ricos. Demuestra que se vacila entre ideas encontradas y diversas. Pues bien: el orador no vacila nunca. Expectora todo lo que se almacena en su caletre y se queda tan campante. Cree á piés juntillas que todo lo suyo vale la pena de ser atendido y estimado. Es como esos mercachifles que lo exhiben todo y lo venden todo en su barraca: jabón, tintas, peones para los niños, trompetas, sonajeros y tela para colchón...»

Se ha olvidado el compañero del ungüento patriótico.

Ningún orador se olvida de él.

La patria, la patria antes que nada, á ver si á costa de ella se puede vivir.

Dicen desde Munich que se han reunido allí todas las mujeres socialistas para reclamar los derechos electorales y la libertad de reunión.

Que se les dé, pero con la condición de que no vayan á votar antes de hacerle el almuerzo al marido.

Limitese bien lo que á cada cual nos corresponde.

Y que sepamos de una vez quiénes son los que aquí van á parir: ellas ó nosotros.

Porque esto ya es un *lo del demonio*.

CARRASQUILLA.

LA LEYENDA DEL MAL GOBIERNO

Grita Silvela, gruñe Romanones, chillan Maurra, vociferan Nocedal, rezan los dos Pidales, bostezan Sagasta, brama Villaverde, rebuzna don Carlos, afila sus uñas Navarrotreverter, estira la nariz Sánchez Toca, sube al pedestal de don Tantredo el inamovible duque de Tetuán, se atufa Romero Robledo, gargañea Vega Armijo...

Y todos, todos dan y dan mil y mil vueltas á la ruleta política nacional para ver con qué color ganan.

Buscan los españoles un buen gobierno como buscaba Diógenes con su linterna un hombre. Los liberales tienen su receta: los conservadores preparan sus cataplasmas. Los muertos resucitados del Santo Sepulcro alumbran sus cirios... Y España se siente cada vez peor: reumática, paralítica, desdentada, oliendo á sepulcro y á ciprés. Cada gobierno que se sucede es peor que el anterior. Así como en Suiza todos los años se descubre un buen gobierno, en España se encuentran dos peores. ¿Somos de otra carne y de otra sangre que los demás habitantes de Europa? ¿Tenemos los gobernantes que merecemos ó los gobernantes tienen el pueblo que merecen? ¿Hay alguna ley fatal de raza y de clima que nos condena á la esclavitud del mal gobierno?

Así lo creen, al menos, la mayoría de los españoles.

El optimismo que muestran por nuestro arte, por nuestra industria, por nuestro carácter, hasta por nuestros soldados vencidos, se detiene macilento y triste ante la esperanza de un gobierno bueno.

—No, no es posible; cada vez vamos más á mal.

¿Sube Silvela? ¿Baja Sagasta? ¡Peor, mil veces peor!

Y haciendo un gesto de burlona tristeza, el español acaba con lentos sorbos su taza de café, esperando tranquilamente en su puerta, como el moro, á que pase el cadáver de España.

Los optimistas son pocos, pero tibios. Y si se juntan con los desesperados, más pronto que dan convencidos por estos últimos.

Acaso ignoren todos, tanto los que ven las cosas de color sagastino, es decir, del rosicler, como aquellos á quienes se les aparecen del negro de Almódovar, acaso ignoren, digo, que los españoles están fatalmente condenados á no tener nunca, jamás de los jamases, un bueno ni un regular gobierno. La leyenda del oro del Rhin, que condena fatalmente al mundo á la destrucción y ruina; el estigma de las brujas de Macbeth, los conjuros que persiguen al desgraciado Sigfrido, cuanto señala con el dedo fatal de la muerte al sentenciado por los hados lúgubres, pesa también sobre España.

Hay una vieja leyenda que yo recordaba la otra tarde mientras mis ojos, cansados de leer telegramas en que se hablaba de los propósitos regeneradores de Silvela y de las esperanzas de algunos inocentes españoles, se volvían placidamente á descansar sobre el tapiz de seda azul que alfombra el maravilloso lago de Ginebra. Esa leyenda, perdida entre las tinieblas del pasado, explica por qué los españoles nunca tendrían un buen gobierno. Híbla de ella incidentalmente el gran Alejandro Dumas.

Allá por los días de la revolución del 54, el insigne y sugestivo embustero navegaba por ese mismo lago... Los viajeros discutían la revolución española.

Dumas divisó sobre el puente del buque á un español que fumaba tranquilamente su cigarro, bañado en el perezoso sol. Le llamó y preguntóle su opinión.

Quitó el español su cigarrillo de la boca y

lanzando una bocanada de humo, que durante diez minutos hubo acumulado en su pecho, respondió con gravedad:

—¡Oh! España nunca tendrá un buen gobierno.

Tal respuesta no satisfizo á nadie.

—Permítame usted— respondió Alejandro Dumas.— Señor *hidalgo*, me parece usted muy pesimista. ¿Por qué no ha de tener España un buen gobierno?

—Nunca. Jamás.

—Pero, ¿por qué? ¿De quién es la culpa? ¿Del pueblo, de los reyes, del clero, de la nobleza?

—De ninguno de ellos!—respondió sentenciosamente el español.

—¿De quién es, pues, la culpa?

—¿La culpa? ¡De Santiago!—afirmó nuestro compatriota con aire de convencimiento profundo.

—¿Pero cómo?—exclamó Dumas imitando en el tono de su voz la gravedad del *hidalgo*.— ¿Usted se quiere burlar de mí?

—No! es Santiago el patrón de España? Yo sé que tiene muy buenos amigos en el cielo y que allí arriba le tienen por un buen sujeto. ¿Cómo, pues, ha de oponerse á la felicidad de España?

—¡Oh!—dijo el español moviendo los hombros.—Verá usted lo que sucedió...

Y hé aquí la leyenda del mal gobierno que, con otro estilo, refirió el español á Dumas.

Un día Dios nuestro Señor, después que los santos de categoría inferior hubieron hecho la limpieza en los salones de su palacio, reunió á sus ministros en Consejo. Acudieron todos con la puntualidad del presidente de una corrida de toros. Los asuntos eran graves. Dios, como es natural, quería dejarlo todo á la buena de Dios. Este suele ser el papel de los presidentes del Consejo. Pero los ministros le interrumpieron:

—Señor, esto va mal y huele á chamusquina. Todos los pueblos de la tierra se nos sublevan. Todos piden, todos quieren, todos se quejan. ¡Les hemos prometido tanto!

—Comprendo—dijo Dios.— Además, ese pícaro de Mahoma les ha emborrachado prometiéndoles tantas cosas... Mujeres guapas, el Paraíso, las turcas... Yo, francamente, no puedo poner tienda en competencia... Estamos perdidos... Nuestra religión, hablo de la vuestra, acabará por aburrir á la gente. Y, ó se varía de programa ó...

—Señor—dijeron los ministros— ¡Eso nuncal! —Yo hice el mundo en siete días. Pero si me descuido, no me van á dejar tiempo ni de hacer la maleta.

—Señor... La culpa la tiene Roma. ¡Está tan demodé!

—Bueno. Ya le ajustaré yo las cuentas. Enviaré al Papa un delegado para que inspeccione los libros... Pero ¿qué solución se os ocurre?

—Señor...—Y los ministros fueron mostrándole en sus manos sendas carteras abultadas.— Permítidos—añadieron— que os leamos un expediente... Son dos mil páginas... Poca cosa.

—¡Vaya, vaya! ¡El eterno expediente! ¡La música del porvenir! ¿Qué te se ocurre á tí?—dijo al ministro de Hacienda.

—Señor, después de meditarlo mucho, muchísimo, no veo más arreglo que el nombramiento de una...

—¿De una comisión?... sí, encargada de estudiar los intereses materiales y morales del país..., etc., etc. ¡Sois de una originalidad asombrosa!

—Señor, si á un ministro no se le ocurre resolver los asuntos nombrando comisiones, ¿qué se le va á ocurrir? Todos mis compañeros pensarán lo mismo.

—¡Todos! ¡Todos!

—Pues vaya por la comisión.

Inmediatamente salieron por el mundo los embajadores del cielo. A són de trompetas convocaron á las naciones para que nombraran sus diputados celestiales. Francia nombró á San Dionisio, Inglaterra á San Jorge, Italia á San Javier, España á Santiago, Rusia á San Niwaky, Escocia á San Durstan, Suiza á San Nicolás. Un chaparrón de santos! ¡Hasta el Valle de Andorra, la República de San Marino y el Imperio de las Batuecas enviaron sus representantes!

Llegado el día solemne, todos los diputados se pusieron en camino. Llegó el primero al cielo San Dionisio. Saludó al Padre Eterno con tal humildad, que no parecía quitarse el sombrero, sino la cabeza de sus hombros, para reverenciar al gran monarca. Era una manera delicada de recordarle que por defender á Dios había sufrido el martirio y perdido la testa. Este rasgo de delicadeza le fué muy favorable. Es así que Dios, sonriente y plácido, quitóse de la cabeza el triángulo y la llama con que le pintan los devotos, y dijo:

—¡Vaya! ¡Vaya! Dionisio, ¿conque vienes de Francia?

—Sí, señor—respondió San Dionisio.

—¿Qué pides para Francia?

—¡Señor! Que tenga el primer ejército del mundo.

—Consiento—dijo Dios.

San Dionisio, encantado, recogió del suelo su propia cabeza y se la puso por sombrero.

Aún no había salido, cuando se oyó una voz bronca como de coronel malhumorado que mandaba á su asistente.

—¡Eh, eh!—dijo Dios.—Despacito. Esa gente se cree en un cuartel. Apuesto á que es Jorge.

Entró San Jorge, saludó militarmente, y levantando la visera de su casco, dijo:

—¡A la orden, mi general!

—¡Presente! Tú, valiente capitán, vienes de Inglaterra. ¿Qué quieren de mí los rubios de la Albión—dijo Dios humillado é impaciente.

—Señor, quieren tener la mejor marina de mundo.

Bien, muy bien. La tendrán.

San Jorge bajó la visera de su casco, saludó de nuevo y al salir tropezó con un humilde personaje.

—¡Mil rayo! Podría usted tener cuidado y no pisarme...

Aquel bendito, que ni siquiera contestó al insulto, era San Javier.

—Buenos días, santo obispo—dijo Dios sonriente y acariciándole las manos.— ¡Cuánto me alegro de verte! Ese San Jorge ha dejado aquí un perfume de caballería, que si no fuese por tu olor de santidad... ¿Y qué quieren los italianos?

—Tener los primeros artistas del mundo, Señor.

—Sea—dijo Dios—lo prometo.

San Javier se encasquetó la mitra en la cabeza y salió sonriente.

—Que pase otro—dijo el Señor.

—Señor—repuso tímidamente un angel vestido de rigurosa librea de plumas blancas, que guardaba la puerta.—Señor, no hay nadie.

—¿Nadie? ¿No le toca el turno á España? ¡Español había de ser para llegar con retraso á todas partes! ¿Y qué hace ese holgazán de Santiago, que galopa y galopa y nunca llega?

—Señor, me parece ver muy lejos, muy lejos, una nube de polvo...

—Perezoso como español—murmuró Dios sonriendo paternalmente y dándose, sin notar, los *pataitas* en el suelo al estilo de café cantante... —Vaya, ya llegó.

Santiago venía sofocado... Saltó del caballo y presentóse al Señor.

—¡Vaya, *hidalgo*!—dijo Dios gravemente— que me has jugado una mala pasada. Tengo apetito y me da en las narices que mis cocineros están acabando un delicioso tocino del cielo. ¡Cosa de chuparse los dedos! Date prisa.

—Y yo tengo una barrera para la primera de abono. ¡Seis Miuras! Acabo enseguida.

—¿Qué quieren los españoles?

—Quieren—dijo Santiago, aún no repuesto del sofocón y deseoso de partir—quieren para España el mejor clima del mundo.

—¡Acordado!—dijo Dios disponiéndose á levantarse.

—Quieren...

—¡Eh, eh! ¿Qué es eso? ¿Aún más?—interrumpió Dios, mientras su olfato se recreaba con las emanaciones exquisitas que venían de la cocina.

—Quieren—añadió Santiago—que tenga España las mujeres más bonitas del mundo.

—Vaya, pues sea; consiento. Acordado. Eso es cosa de María Santísima y de su tierra... Vaya, ¡abur! ¿queréis almorzar?

—Quieren...—insistió Santiago.

—¡Cómo! ¿Cómo! ¡Esto es abusar!—exclamó colérico Dios, deteniéndose en el primer escalón de su trono de nubes.—¿Aún más?

—Quieren—dijo el santo apóstol—que tenga España los mejores frutos del mundo.

—Vaya—dijo Dios, dudando entre si mandarle á paseo ó concederle lo que quería.—Tienes boca de fraile, querido Santiaguito... Pero vamos, España es tan católica... hay allí tanto toño, tanto pobrecito de espíritu... ¡Vaya! ¡Acordado! Adiós...

—¡Quieren!...—insinuó Santiago sofocado de vergüenza.

—¡Ea! ¡Eh! ¡Pues no faltaba más! Ya basta...

—¡Quiere España el mejor gobierno del mundo!—dijo Santiago.

—¡Oh! Acabemos—gritó Dios colérico.— Rechazado. Si te doy eso también, ¿qué vas á dejar para los demás países, desgraciado? ¡Negado!

—Quiere... Y tengo prisa porque ya me parece oír el clarín de la corrida.

—Infeliz—díjole Dios compasivamente—

¡Español al fin! Dejas la esperanza de lograr un buen gobierno por una corrida de toros. ¡Abur! ¡Nunca lo tendrás!

Hízole seña de que regresara á Compostela, pero Santiago montó á caballo y fuese á la primera de abono.

Esta es la leyenda que yo tengo por más verdadera que toda la historia de España, y hé aquí por qué nunca los españoles tendrán un buen gobierno.

RODRIGO SORIANO.

Chamonix 11 de Septiembre.

El paraguas

Mouchette y Laganda, empleados ambos en el Ayuntamiento, concibieron un día el proyecto de dar un largo paseo á pie, y pusieronlo en práctica al domingo siguiente. Partieron al anochecer de la calle de Lamartine, con el propósito de llegar hasta Bongival, y, puestos en marcha, comenzaron á hablar de infinidad de cosas más ó menos interesantes y amenas.

Naturalmente, no tardaron en abordar el so-

corrido tema de las mujeres.

—¿Sigues todavía en relaciones con Ernestina?

—¡Ya lo creo! Estoy seguro de que me adora y de que se moriría de pena si la abandonase. ¡No puedes figurarte lo celosa que es! Además, Ernestina merece todo género de atenciones por su bondad y por su incomparable carácter. Los domingos, en vez de pedirme que la lleve de paseo al Bosque de Bolonia, va á ver á su familia que reside en Saint Maur. Y, á veces, no satisfecha con eso, va á pasar también los jueves con ella.

Los dos amigos habían llegado á Rueil.

—Empiezo á tener apetito—dijo Laganda.

—¿Te parece que almorcemos aquí?

—No conozco la localidad.

—¿Y eso qué importa?

—Almorzaremos en Bongival, según habíamos dicho.

Laganda, que, al parecer, estaba muerto de hambre, exclamó:

—¡Se me ocurre una idea! ¿Conoces á Mafflon?

—¿El de los contenciosos?

—Sí, tengo entendido que ha alquilado aquí una casa, en la que vive todo el año. Vamos á que nos dé de almorzar. Nada tiene de particular que obsequie á dos compañeros de oficina.

—Vamos, pues.

Los expedicionarios preguntaron á una mujer dónde estaba el domicilio de Mafflon, y la interpelada les acompañó hasta la casa. Llamaron, y al presentarse una campesina, que les abrió la puerta, uno de los amigos dijo á la sirvienta:

—Deseamos ver á M. Mafflon.

—No está en casa.

—Pero vendrá á almorzar.

—No, señor. Ha salido para París en el tren de las once, acompañado de la señorita. Supongo que serán ustedes amigos de M. Mafflon.

—Íntimos amigos.

—Pues pasen ustedes adelante si quieren descansar un rato.

—¿Cómo se llama usted?

—Flavia Rufin.

Los dos expedicionarios entraron en una sola, y uno de ellos dijo á la criada:

—Somos compañeros de oficina de Mafflon; veníamos á que nos diera de almorzar.

En ese caso, estoy á las órdenes de ustedes.

—Pues bien; va usted á hacernos una tortilla de jamón, un buen bifece y un par de tazas de café.

Flavia salió de la habitación sin decir una palabra, corrió á encender fuego y después se dirigió á la carnicería.

Durante este tiempo Mouchette y Laganda se pusieron á recorrer la casa. Después de haber visto el piso bajo, subieron al principal y entraron en el tocador, donde los dos amigos se sentaron en amplias y cómodas butacas.

—Si Mafflon llegase á saber que le hemos registrado la casa, tal vez se incomodaría con nosotros!

—No tenemos necesidad de decirselo.

—¿Sabes que son excelentes estos sillones? Y en el movimiento que hizo para probar los muelles, Laganda tocó con el codo un paraguas que cayó á sus pies.

—¡Ah!—dijo.— ¡El paraguas de la señora!... Laganda lo abrió y lo hizo girar rápidamente.

—¿Es de muy mal gusto y muy chillón!

Mouchette se levantó de la butaca y, lleno de estupor, exclamó:

—¡Vive Cristo!... ¡El paraguas de Ernestina!...

El pobre hombre se lo quitó de las manos á Laganda, lo cerró, y mirando el puño dijo:

—¡Sus iniciales! ¡No, no hay duda alguna! Se lo compré el mes pasado, el día de su santo, y me costó diez y ocho francos. ¡Ah, infame!

—¡Vaya, hombre!—exclamó Laganda.—No vale la pena de que tomes tan á pecho la infidelidad de esa mujer.

En aquel momento la criada gritó desde el piso bajo:

—¡La tortilla está en la mesa!

—Bajemos—dijo Laganda en tono alegre— y procuremos que Flavia no se entere de nada.

—No sé si podré contenerme.

—Pues es preciso que esto quede entre nosotros dos.

Los expedicionarios bajaron y se sentaron á la mesa.

Mouchette no decía una palabra y miraba estúpidamente su plato lleno.

—Vamos, hombre; no hay motivo para que no comas. La tortilla está deliciosa y ya verás cómo te gusta.

Mouchette, convencido sin duda, se puso á comer y á los pocos momentos había dado cuenta de su ración.

Al presentarse Flavia, le dijo Laganda:

—¿Conque Mafflon ha salido esta mañana con... cómo se llama la señora?

—Ernestina, caballero.

—¿Y está usted contenta con su ama?

—¡Ya lo creo!—Lo triste es que no viene más que los domingos...

—¿Y los jueves?

—A veces.

Mouchette lanzó una mirada á su amigo y murmuró entre dientes:

—¡Los días que consagraba á su familia en Saint Maur!

Después, participando de la opinión de Laganda, la emprendió con su bifece y preguntó á la criada si había en la casa más vino blanco del que acababa de servirles.

—Sí, señor—contestó Flavia, dirigiéndose á un armario.

—Dígale usted á Mafflon que yo lo he pedido para brindar á su salud.

Después de almorzar los dos amigos tomaron café y al poco rato se levantaron, cogieron sus sombreros y se dirigieron á la puerta, acompañados de Flavia.

—¿Qué quieren ustedes que le diga de su parte á M. Mafflon?

—Dígale usted—contestó Mouchette—que el dueño del paraguas de Ernestina ha estado aquí con un amigo.

—¿Que el dueño del paraguas de la señora ha estado aquí con un amigo?

—Eso es.

—Bueno, señor; se lo diré en cuanto llegue.

MONTJOYEUX.

De actualidad

En Barcelona fondeó el *Carlos V*. Los ejercicios de cañón en la bahía de Rosas fueron excelentes.

La carta de Adelantado ha excitado los ánimos de los carlistas, ahondando las divisiones. Manzano telegrafió á Moret, negando que autoriza á Adelantado que conferenciase telegraficamente con Moore, añadiendo que los trabajos de Adelantado; carecen de importancia.

Dicen de Curacao que en la batalla de Tioaquillo fueron derrotados los gubernamentales.

Según despacho de Pekín 50.000 boxers sitiaron á Tchentufo.

En Seattle un sujeto arrojó una bomba contra el Banco canadiense destruyéndolo. Resultó muerto el dinamitero.

Los empleados salvaronse huyendo.

En Cartagana fondeó el *Liguria*, El cónsul de Italia y autoridades saludaron al duque de los Abruzzos á bordo.

Firmóse decreto admitiendo la dimisión de don Juan Bosch, secretario de la Embajada española en San Petersburgo.

Varias cartas. Tetuán almorzó con Gómez Imáz á bordo del *Cisneros*.

Este zarpará mañana para Bilbao, donde estará tres días, marchando al Ferrol.

El sábado visitará el rey las fábricas de Tolsa y Oria.